

PASEO POR UNA REVISTA

POR ALBERTO DALLAL

La cultura es un enjambre de hechos, costumbres, obras y actitudes. Tenaz ofrecimiento que un grupo humano, una sociedad, una nación imponen a la vida, a veces finamente, en ocasiones con ansiedad, casi ferozmente, según se apoyen en la tradición o en la propia necesidad de la ruptura o el cambio. La cultura se alimenta de fenómenos sociales y de acciones individuales: versátil procedimiento de factores nativos y extraños, recientes y antiguos. Todo para crear actualidad: fisonomía colectiva que bien puede ser captada en bloque (nacionalidad, carácter prototípico, vigencia histórica) o en trozos o partes (sensación, producto inmediato, acontecimiento excepcional). En las oficiosas funciones de una revista cultural tanto pesan las percepciones del conjunto como las descripciones de lo particular; cuentan lo mismo las disquisiciones profundas como aquellos registros que a primera vista resultan parciales, limitados. Una revista de las que llamamos literarias o culturales existe sólo a ritmo de los ciclos —prolongados o efímeros pero sustanciales— propios de la realidad cultural. Por todo ello son azarosos la vida y los milagros de la *Revista de la Universidad de México*; tal vez es ella la única publicación del país que ha sabido acoplarse al ritmo cambiante y a las causas y los efectos de la producción cultural de la nación. A nadie se le ocurriría quitarla de en medio. Y si se hiciera, miles de ojos se quedarían perplejos o se irritarían. Miles de personas se preguntarían qué cosas terribles ocurren en México para que se corte así, sin más, uno de sus mejores medidores de su pulso histórico.

Fuí miembro activo del cuerpo de redacción de la *Revista* durante más de cinco años. Trabajé con tres de sus directores: Jaime García Terrés, Luis Villoro y Gastón García Cantú. Viví el paso de épocas, formatos, orientaciones, colaboraciones, secciones. Una experiencia que en la maduración de un escritor y de un periodista mexicano ni Dios quita. Una alternativa en mi formación intelectual que por comparación con otras instancias de mis trabajos y obras jamás dejaré de reconocer como vital y definitiva. Por lo mismo: en la *Revista* pude combinar visión y visiones, textos y relación de hechos, credos y misas, tentaciones literarias y avatares técnicos. En ninguna otra parte se hubiese abierto ante mí un universo parecido.

Cada uno de estos directores hizo la revista que le correspondía: por naturaleza y por tendencia política e intelectual. García Terrés, que estuvo muchos años a cargo de la dirección, logró una publicación variada y a la vez concentrada, cualidad muy difícil de lograr. La revista era literaria e inquieta por las ciencias sociales. Realmente universitaria: un abanico universal de temas y colaboradores. En esta época pueden apreciarse en toda su magnitud las enormes posibilidades del ensayo interpretativo. Hay temas y autores que se dan a conocer en México. La revista refleja el desarrollo de

acontecimientos y fenómenos: marxismo, existencialismo, psicoanálisis. Es una revista política en el sentido de expectación. Después de todo, García Terrés, curiosamente, pertenecía al grupo que habría de autodenominarse de *El Espectador* (Flores Olea, Fuentes, González Pedrero, etc.). Luis Villoro dirigió la *Revista* más o menos durante un año, antes de la salida del doctor Chávez de su puesto de Rector. Con facilidad puede apreciarse su prurito de seriedad y ahondamiento en temas y formas de exposición. Quiso una *Revista* más universitaria en el sentido institucional y científico del término. Tal vez se vislumbraba ya la enorme crisis de 1968, la explosión demográfica del producto cultural, la enorme y tajante división que hoy nos agobia en la UNAM entre un sector académico demasiado aislado y un sector político fuerte, poderoso. La salida de Orfila Reynal del Fondo de Cultura Económica y la del doctor Chávez de la Rectoría fueron antecedentes, anuncios de la crisis. Luis Villoro quería la participación de los intelectuales especializados. Su modelo de *Revista* predice la aparición de *Nexos*. Por su parte, Gastón García Cantú hizo de inmediato una *Revista* más latinoamericana, más amplia, muy vibrante. Recuerdo estar en pleno Movimiento preparando un número dedicado a registrar, meticulosamente, la “relación de los hechos” de 1968. Con todos ellos aprendí que una revista, cualquier revista, no es la acumulación seca de materiales hasta cubrir el número de páginas. Hay un trabajo arduo de selección, de búsqueda de equilibrio, de definición, de orientación. Y aprendí también la naturaleza, complicaciones y variaciones de los trabajos técnicos inherentes. Mis forcejeos con la suerte no carecen de importancia. Recuerdo que aún antes de ingresar como estudiante de una escuela profesional compraba y leía con avidez y admiración los números que vendía un singular puesto de periódicos que se hallaba frente a la iglesia de Corpus Christi, en la Avenida Juárez. Esta aventura “culta” y la que propiciaba la lectura de *México en la cultura* me obligaban a buscar “otras cosas” (como las funciones de Poesía en Voz Alta o las presentaciones de Pita Amor en el auditorio de Medicina) para cubrir en algo las suscitaciones de mis profesores de San Ildefonso. Supongo que hay una especie de vocación, de inclinación o de destino que obliga al escritor a percibir lo mejor y lo concreto del hacer cultural; que hay un tono o modo que aprende uno a detectar en lo auténtico y acertado del arte y la literatura. De otra manera no puedo explicarme estas insinuadas preferencias ya que es una época en la que la difusión de la cultura no contaba con medios ni con publicidad ni con los miles de oficiantes que transmiten la información adecuada. O tal vez por lo mismo: el quehacer artístico, literario, cultural se hallaba concentrado en estas dos publicaciones y todos los “hacedores”, todos los talentos, se hallaban inscritos en estas dos posibles instituciones-vehículos.

Alberto Dallal, editor, novelista, cuentista, crítico de letras y de artes (*Mocambo*, Grijalvo, es su última novela) ocupó diversos puestos en la redacción de la *Revista* a mediados de los sesentas. Dallal es, desde hace varios años, jefe de redacción de la revista *Diálogos*.



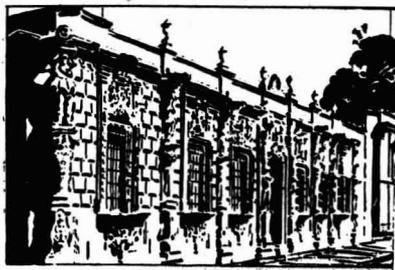
Hoy me sorprende ésta mi disposición porque pesaba en mi otro impedimento: la ausencia de consejo o consejero, de guía de lecturas y de vocación; en mi familia (la de un comerciante iraquí sin mayores pretensiones) no había intelectuales, ni siquiera lo que denominamos ahora "profesionales de carrera". Sólo un tío músico, compositor y director de un coro religioso, con el cual no me comunicaba para estos menesteres culturales o vocacionales. Pues bien, en la lectura de la *Revista de la Universidad* supe o aprendí a captar lo que de cultura se desenvolvía en México y la manera como el fenómeno acontecía.

Lo anterior no significaba que las imágenes fueran exactas en el sentido fotográfico o matemático. Incluso guardo cierta nostalgia ante la Utopía que, en algunos aspectos, forjaba mi acercamiento a la

publicación. Por ejemplo, los versos llenos de sentido del humor y la prosa fluida y a veces intrascendente de Max Aub me dibujaban en la mente un gallardo y espigado joven, lleno de frescura y carente de años de edad. Y así también: los cuentos de Elena Poniatowska irradiaban en mi cabeza la figura de una niña pedante vestida con atuendos de tul y holanes. No sé por qué misteriosas vibraciones estaba yo seguro de que Ernesto Mejía Sánchez era el sobrino dilecto y erudito de Alfonso Reyes. Y así sucesivamente: por las notas de Carballo tenía curiosidad por conocer a los gemelos que respondían a los nombres de Juan José Arreola y Juan Rulfo, mientras que las notas de Bal y Gay (esa prosa ligera y a la vez erudita, profunda) me hacían percibir un conocimiento que debe aprehenderse tras años de encierro y concentración. De los tex-



De izquierda a derecha: Juan Rulfo, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce. Sentados: Carlos Valdés, Rosario Castellanos y Alberto Dallal



tos de Paul Westheim guardo un grato recuerdo pues imitaba yo en mis primeros escritos (para publicaciones estudiantiles asaz ingenuas) su facilidad para ofrecer un producto ensayístico en el que reflexión y metáfora iban de la mano. Con algunos textos de Fuentes y de Benítez se aceleró cierto pulso nacionalista que habían dejado anteriormente las escuelas y los edificios públicos por los que transité sin la debida información. Mis afanes de hacer teatro me involucraban con textos dramáticos de Luisa Josefina Hernández, Emilio Carballido y Juan García Ponce a quienes, naturalmente, deseaba llevar mis propios textos para que emitieran su fallo. Esta mezcla de intuiciones y descubrimientos hizo crisis en un sueño que me atrevía a soñar despierto cada vez que caminaba rumbo a la recientemente instalada alberca de la Ciudad Universitaria: al subir la vista hasta el famoso décimo piso, lugar sede de *mi* publicación favorita, inventaba el título de un "ensayo" (ya lo llamaba así) que allí publicaría algún día: "Espejismo: Judy Garland". En 1966 ó 67 al fin lo logré no sin cierto estupendo regodeo en mi propia prosa, no sin cierto relamerse de gusto porque fue un tema que pocos escritores podían tratar en ese momento en los puntos básicos que yo saqué a flote. En fin: un gran agasajo que tardó, encerrado en mi conciencia, más de diez años en surgir, esplendoroso.

Yo ingresé en la *Revista* en 1963. Mi primer descubrimiento se refiere a la importancia que las instancias administrativas tienen en la cultura. El poder de Alicia Pardo (mi amiga más cercana de aquellos lejanos días) era superior al de todos los artistas de México reunidos en la *Revista* y en la Dirección de Difusión Cultural. Sus auxilios administrativos se completaban con la destreza extraordinaria de su sentido de las desproporciones y de sus manos. Alicia Pardo (lo hace todavía) podía hablar por el teléfono (sosteniendo el aparato con el hombro y el cuello), escribir en la máquina, atender a cualquier preguntón y comerse un pedazo de torta. Todo simultáneamente. Hasta la fecha no he descubierto secretaria más ejecutiva y temible ni amiga más duradera: no importa cuáles sean las altas y las bajas, Alicia le es fiel a la amistad y a la Universidad. Compruébenlo, si no, muchos escritores (entre ellos, Gabriel García Márquez) y su trabajo asiduo, ininterrumpido en varias oficinas de la UNAM.

Mi paso por la *Revista*, en su cuerpo de redacción y en sus páginas, me enseñaron al mismo tiempo los ejercicios de la literatura, el periodismo, la competencia, la traducción, la crítica y la técnica de la impresión. De alguna o de mil maneras, el núcleo de "redactores" fue lo más notable de una generación y los colaboradores, que siempre "caían", tarde o temprano, en la pequeña oficina del décimo piso, fueron los más notables de varias generaciones. Creo que sin la amistad y la enemistad de muchos de ellos yo jamás hubiese percibido

la necesaria intensidad del quehacer artístico y literario. En muchas ocasiones menté madres por buenas y malas razones. Pero era una época (y lo digo aunque suene a ñoño o a antiguo) en la que los intelectuales y los artistas, aun detestándose, guardaban cierta solidaridad de gremio, muchos años durante los cuales los grupos en pugna se medían con adversarios capaces y en los que el decirse las cosas, "leerse la cartilla" implicaba escoger el conducto adecuado: el texto que podía comprobar los puntos de vista, apoyado en disquisiciones no en improperios. Si se ejercía cierto acoso era para obligar a los artistas y compañeros a ser mejores, a competir con las mismas armas. Las mismas discusiones en aquel pequeño espacio anti-burocrático, aireado, no dejaban de expresar pequeños, terribles infiernos; pero ellos, a la larga, eran consecuencia de un leal e inteligente vínculo con el talento, con la creatividad. Ahora que corroboro cómo la crítica, el panfeto e incluso la mediocridad "tirarán a matar", ejercen el terrorismo, no deja de entrarme un profundo temor: se han extinguido las fronteras entre el señalamiento, la llamada de atención, la exposición crítica y los preparativos del asesinato intelectual. Tal vez se deba a que se han multiplicado los bastiones de la opinión y el conocimiento; tal vez los desplazamientos políticos traen lo suyo, pero se ha extinguido, ha desaparecido (espero: temporalmente) la proporción, el nivel intelectualmente apropiado o como quiera llamarsele: un conjunto de reglas para la polémica o el arrebató al que en aquel entonces antecedía sobre todas las cosas la clara exposición del juicio y del conocimiento.

Todos aquellos que participamos activamente en la realización de la *Revista* podemos acogernos a nuestra propia producción para hablar bien de ella. Se trata de pruebas contundentes. Cualquier investigador puede revisar los numerosos tomos que se hallan en la Hemeroteca y se percatará de que sólo la muerte detuvo ese inicial impulso literario. En el artista, en el creador, en el verdadero periodista, en el intelectual y erudito auténticos la sensación de *ser* sólo puede objetivarse en el producto logrado. La *Revista* no sólo ha sido semillero e informador, barómetro y vanguardia. También ha sido muestrario de posiciones y tendencias firmes. Las múltiples, variadas obras de Carlos Valdés, José Emilio Pacheco, Juan García Ponce y Juan Vicente Melo (mis compañeros de aquella, mi época) incitan a pensar en la trascendencia de esa línea segura que ha sido, durante muchos años, la *Revista de la Universidad*. El rigor técnico de un corrector como Huberto Batis señala asimismo el excelente nivel de factura que ha caracterizado siempre a la publicación universitaria, un nivel deseable para muchos suplementos y revistas de dentro y de fuera. Ni hablar que han quedado allí, en sus páginas, experiencias intelectuales y humanas que con buenas razones han sido realmente culturales.